

LAS TAREAS DE CUIDADO: ENTRE EL AMOR, LA ABNEGACIÓN Y LA INEQUIDAD...LO QUE NO SE VÉ.

*THE TASKS OF CARE: BETWEEN LOVE, SELF-DENIAL AND INEQUITY ...
WHAT IS NOT SEE.*

Marta KRYNVENIUK¹

Gabriela Veloz RUA²

Graciela CUMAN³

Tània Suely Antonelli Marcelino BRABO⁴

RESUMEN: Con la situación de pandemia y cuarentena los cuidados tomaron una visibilidad y relevancia en la vida cotidiana y en la agenda de gobierno de nuestro país, la Argentina, nunca antes considerada como necesaria. Se ha puesto en evidencia cómo la organización social de los cuidados es injusta específicamente para las mujeres, dando cuenta de esta forma sobre su distribución desigual reproduciendo desigualdades e invisibilizando su valor. A partir de un análisis reflexivo de nuestra propia experiencia en pandemia como personas sexuadas, históricas, con deseos y afectos, con saberes situados de acuerdo a las enseñanzas de los feminismos, realizamos la presente comunicación focalizando en los trabajos domésticos y de cuidados que muestran una triple desigualdad: lo realizamos las mujeres, la mayoría luego de la jornada laboral que suele estar peor remunerada que la de los varones y sin remuneración alguna. La sobrecarga impacta en nuestra salud y desarrollo personal. Aún hoy, en todas las culturas, la esfera privada es el espacio de los desequilibrios e injusticias desde la división sexual del trabajo y los estereotipos culturales, siendo el núcleo más duro e invisible de la desigualdad de género. Es urgente la necesidad de revisar y repensar los roles familiares para promover la corresponsabilidad y la reciprocidad de los cuidados, interpelando las masculinidades, tratando de superar las normas heteropatriarcales para desnaturalizarlos y des-feminizarlos. A su vez, socialmente hay que tender a compatibilizar los espacios productivo y reproductivo para lo cual se necesitan de nuevos pactos ciudadanos para la construcción de un sistema de cuidados que implicaría una vida más justa para las mujeres.

PALABRAS CLAVE: Cuidados-trabajo doméstico. Desigualdad. Corresponsabilidad.

¹ Especialista en Formación de Formadores-Universidad Nacional de Buenos Aires. markkryk@gmail.com

² Diplomatura en Género y Movimientos Feministas-Universidad Nacional de Buenos Aires/Sholem. gavrua@gmail.com

³ Magister en Epidemiología-Universidad de Belgrano Institución: Tantosha-Centro Integral de Formación Humanística. gcuman@gmail.com

⁴ Universidade Estadual Paulista (UNESP). Campus de Marília. Faculdade de Filosofia e Ciências (FFC) - <https://orcid.org/0000-0002-9833-0635>. tania.brabo@unesp.br



ABSTRACT: With the pandemic and quarantine situation, care took on a visibility and relevance in daily life and in the government agenda of our country never before considered necessary. It has become evident how the social organization of care is unfair specifically for women, thus accounting for their unequal distribution, reproducing inequalities and making their value invisible. From a reflective analysis of our own experience as sexual, historical people, with desires and affections, with knowledge situated according to the teachings of feminisms, we carry out this communication focusing on domestic and care work that show a triple inequality: they are carried out by women, the majority after the working day, which is usually less paid than that of men and without any remuneration: in addition, due to overload, it impacts our health. Even today, in all cultures, the private sphere is the space of imbalances and injustices from the sexual division of labor and cultural stereotypes, being one of the first inequalities between human beings: the field of care appears as the most important, hard and invisible nucleus of gender inequality. Based on what has been analyzed, we consider the urgent need to review and rethink family roles to promote co-responsibility and reciprocity of care, challenging masculinities, trying to overcome heteropatriarchal norms to denature and de-feminize them. At the same time, socially it is necessary to tend to reconcile the productive and reproductive spaces, for which new citizen pacts are needed for the construction of a care system that would imply a fairer life for women.

KEYWORDS: Care-domestic work. Inequality-co. Responsibility.

INTRODUCCIÓN

¿Qué entendemos por cuidados? Todos/as necesitamos recibir cuidados y tenemos la capacidad de brindarlos. Desde que nacemos, sin la presencia y cuidados de un otro, no podríamos sobrevivir. Están presentes en todas las actividades de la vida; implica hacerse cargo de las necesidades de otra persona, no solo para aliviar la enfermedad sino para potenciar la vida, nutrirla, lejos de los mandatos morales que buscan perpetuar los mecanismos de control ya establecidos. Es estar presente y atento a la vida sin quedar cautivos de la obligación y el deber. Así, los podemos entender como una dimensión central del bienestar y del desarrollo humano. Por ello es necesario diferenciar el cuidado, de la seguridad y la preocupación que están más ligados a mecanismos de control, alertas externas y/o procedimientos instrumentales, en cambio, desde el cuidado potenciamos la vida, construimos vínculos, nos apoyamos y cooperamos mutuamente, estamos presentes en una situación dada, entendiendo que es una forma de vivir y convivir, singular y colectiva, gestados desde el deseo. Así, habría que considerar que todos somos parte de la vida entramada y de cuidados: humanos y no humanos, todos los seres vivos. Pero también debemos acotar que implican energía, desgaste, tiempo, un trabajo que históricamente fue delegado a las mujeres sin reconocimiento alguno. Según Marçal, a partir del siglo XIX se consideró que el trabajo doméstico realizado por las mujeres no era una actividad económica sino una prolongación de su naturaleza bondadosa y abnegada, sin relevancia social. En nuestra sociedad occidental no se priorizaron ni valorizaron como parte del convivir ya que el paradigma del control permeó todas las esferas de la vida y sus instituciones con sus actitudes y tonos paternalistas cuando no francamente autoritarios. Los cuidados nunca fueron invisibles, sino que fueron

invisibilizados para no reconocer su valor. Así como también se silenciaron las voces de las mujeres desde la autoridad de las voces masculinas y excluyendo la otredad. Al decir que los cuidados están presentes en todas las actividades de la vida damos cuenta de la gran diversidad de situaciones en que están presentes, pudiendo diferenciar tres ámbitos: a) reproductivo; b) ambiental; c) social.

Nos abocaremos al primer ámbito problematizando las tareas de cuidado en la vida de las mujeres desde un punto de vista complejo, feminista y desde nuestra propia implicación ya que nos atraviesa a todas: sentipensar desde nosotras mismas implica, en primera instancia, partir de nuestra experiencia en la vida cotidiana como personas sexuadas, históricas, con deseos y afectos, con saberes situados, lejos de conocimientos abstractos y universales. Son bien diferentes las vicisitudes de vida de cada una de nosotras, por ello, a su vez, tenemos que apelar al concepto de interseccionalidad de clase, etnia y género, teniendo en cuenta, además, las conformaciones familiares a las que se pertenece, los territorios urbanos o rurales que habitamos, ya que nos ayuda a precisar las diferentes realidades que habitamos y ser más asertivas en la acción política hacia la multiplicidad de opresiones.

A su vez, observamos varias dimensiones intervinientes, entre ellas: mandatos sociales y culturales, estereotipos de género, división sexual del trabajo, violencia de género y desigualdad de género. Todas estas dimensiones están interrelacionadas ya que aprendemos e interiorizamos desde ellas nuestro ser y estar en el mundo. ¿Por qué elegimos en principio trabajar desde el ámbito reproductivo? Consideramos que las transformaciones se realizan desde abajo hacia arriba, de allí la necesidad de abordar la esfera privada considerada como la más desigual, la más difícil de transformar por el peso de nuestra propia historia, individual y colectiva. De acuerdo con Gutiérrez Aguilar (2015, p.103):

[...] El enclaustramiento de las mujeres al ámbito doméstico y la exigencia colocada sobre ellas de realizar una serie de procesos productivos cíclicos, invisibles y devaluados en el mundo de la riqueza abstracta, desde procrear hasta reproducir cotidianamente la vida, es la piedra angular de la captura moderna, del encierro contemporáneo del cuerpo femenino, que se consolidó hacia finales del siglo XVIII con la nueva “ideología de la maternidad” y del auténtico “lugar” de la mujer en el mundo.

Históricamente y en forma muy sintética podemos decir que, desde la antigüedad hasta la conformación de los estados modernos, las mujeres tenían una vida colectiva no confinada al hogar, lo cual les permitía tejer lazos y organizarse entre sí comunitariamente, llevando a cabo las tareas de agricultura, crianza de animales, comercio, y desde ya, la crianza de los hijos. Con la industrialización en el estado moderno, paulatinamente se fue relegando a las mujeres al hogar, a las tareas domésticas y a la dependencia del marido. Según Vitale (1987, p.249) en América Latina, en las sociedades precolombinas, la situación de las mujeres

en cuanto a sus labores en las comunidades agro-alfareras era bien diferente (e inclusive en los ayllus y calpullis en los imperios inca y azteca) al trabajo doméstico implantado en la Colonia y la República en los siglos XIX y XX. Por su parte, Segato (2018, p.21) caracteriza al patriarcado previo a la intervención colonial, como un patriarcado de baja intensidad o de bajo impacto, en oposición al patriarcado colonial moderno, que lo percibe de alta intensidad, en términos de misoginia y letalidad.

La configuración de un modelo de familia congruente con la política y economía de los estados occidentales posterior a la Revolución Industrial en la modernidad, el ideal de progreso tanto de avance económico como movilidad social para los individuos, se tradujeron en políticas que apuntaron a la población a favor de constitución de núcleos familiares de pocas personas (en América Latina afecta también a la oleada de la inmigración europea) afincándose en los nacientes centros urbanos, constituyendo así pequeñas unidades de consumo.

Este modelo de familias nucleares modernas era fomentado desde el discurso del poder y también en las escuelas, enfatizado en la menor cantidad de hijos para equilibrar la economía del núcleo; en la necesidad de la gran cantidad de horas que los nuevos obreros y empleados dedicaban a las pujantes fábricas, agregando un nuevo concepto a lo cotidiano: el salario o sueldo semanal, quincenal, mensual. Las mujeres eran muy necesarias para este modelo de país si permanecían en los hogares, haciendo todos los demás trabajos para sostén, mantenimiento y reproducción de lo familiar. Este ideal económico se estableció no sólo partiendo del trabajo en las fábricas, sino también desde el trabajo no remunerado en los hogares, esclavizando a las mujeres, justificando la división sexual del trabajo desde discursos moralizantes y religiosos a partir de la maternidad abnegada, y pseudocientíficos (aunque justificados por las ciencias médicas y disciplinas nacientes) que se basaban en los conocimientos antiguos sobre los cuerpos y capacidades psíquicas de las mujeres como personas débiles y mejor dotadas para lo doméstico, etc., es decir justificando la supuesta menor jerarquía como seres humanas a quienes además los hombres debían disciplinar, regir sobre sus bienes, decidir sus tareas, sobre su capacidad reproductiva y por supuesto, votar por ellas. Cabe señalar que niños y niñas trabajaban en las tareas domésticas en el modelo de familia como unidad de producción. En la familia nuclear (unidad de consumo) también lo hacían, más como aprendizaje de roles que productivamente, partiendo de las tareas de cuidado y mantenimiento, consideradas de menor valor o nulo. A medida que las escuelas fueron siendo cercanas y masivas, las infancias fueron destinadas allí, donde el aprendizaje de roles se reforzó con su discurso normalizador y cishétero hegemónico. Las infancias populares fueron trabajadoras de cuidados y tareas domésticas colaborando con las mujeres y madres, aprendiendo los roles afines, reproduciendo el modelo para el orden socioeconómico vigente. La naturalización de estos aprendizajes es mayor cuando comienzan a edades tempranas. Tampoco se califica como trabajo infantil

ya que ocurre puertas adentro del hogar. Vemos, así como la esfera privada es el espacio de los desequilibrios e injusticias desde la división sexual trabajo siendo una de las primeras desigualdades sociales entre los seres humanos: el ámbito de los cuidados aparece como el núcleo más duro e invisible de la desigualdad de género. ¿Cómo desarmamos esta esfera privada tan plagada de inequidades?

En este sentido, no olvidemos que hasta hace unos años atrás la violencia de género incluidos los feminicidios eran considerados una cuestión del ámbito privado y ya no es así, nos atañe a todos/as. De la misma forma, queremos dar un paso más abordando las tareas domésticas y de cuidados desde la necesidad de su visibilización y valoración, pero también por la inequidad que representan apuntando a desnaturalizar y cuestionar el lugar instituido para las mujeres. ¿Cómo nos atraviesa la opresión desde estas actividades? Los cuidados implican una serie de trabajos de los que no se habla porque pertenecen al espacio privado, pero tienen una complejidad agobiante por su omnipresencia ya que son cíclicos, rutinarios, no tienen principio ni fin. Es desde esta omnipresencia que están naturalizados y, por ende, invisibilizados.

Delimitar el mundo de trabajos domésticos es hacer referencia a una serie de actividades imprescindibles para la vida, pero escasamente valoradas, a saber: limpieza del hogar, lavado y planchado de la ropa de todos los integrantes del grupo familiar, cocinar los alimentos, lavado de la vajilla, la compra en el supermercado, farmacia, arreglos y zurcido de ropa, atención de los niños/as en cuanto a tareas escolares y recreación, e infinidad de etcéteras!!! Desde la mirada más precisa sobre los cuidados podemos mencionar: las visitas a los médicos, dentistas y otros especialistas con todos los seguimientos de salud de bebés, niños/as, la atención afectiva y las relaciones sociales, tener presente las dietas balanceadas, las rutinas diarias en cuanto a sueño y vigilia, llevar y traer los chicos a la escuela, la compra de vestimenta y calzado, el cuidado de plantas y mascotas.... Además, existen cuidados más específicos hacia las personas que no pueden hacerlo por sí mismos: niños/as, niños/as con capacidades diferentes, dependientes y enfermos. El cuidado de adultos mayores implica trabajo cotidiano y en aumento: cuidado de la alimentación, higiene, medicaciones, traslados, trámites administrativos referentes a la seguridad social y económica, cuidado de la salud física y psíquica, lazo específico y cuidado/supervisión del vínculo con profesionales de la salud, tiempo libre y social, etc.

Sin embargo, tampoco podemos decir que hay una separación tajante entre trabajo doméstico y cuidados ya que, por ejemplo, cuando limpiamos la casa estamos cuidando la higiene de la misma que, a su vez, impacta en la salud de todos. Y también desde lo afectivo: todos estos trabajos están imbricados desde el cuidado amoroso, por eso es tan difícil su objetivación, pero ello no significa que no sea considerado como un trabajo. De alguna manera, el cuidado amoroso funciona como encubridor del trabajo doméstico que nos hace sentir insustituibles (reforzado desde ya por los estereotipos y mandatos de género) a la

vez que responsables de la cohesión familiar desde la mística patriarcal. Esto es lo que tenemos que desenmascarar y des-romantizar, el cuidado naturalizado desde las mujeres.

Además, realizamos este detallado desagregado de las tareas hogareñas, (y aun así es insuficiente, ya que posiblemente algunas mujeres no se sientan representadas dependiendo del lugar en que habitan y la clase social a la que pertenecen, por ej., hay mujeres que cotidianamente deben acarrear agua o juntar leña para la cocción de los alimentos), ya que desde el discurso patriarcal se dice que las amas de casa “no hacen nada” cuando en realidad hay una transferencia indirecta y constante al sistema relacionado con la reproducción de la vida y de la fuerza de trabajo. Desde allí, el trabajo doméstico tiene proyección social, no es meramente privado. Pensemos todo lo que significa la crianza de niños/as hasta que se convierten en adultos/as y se incorporan al mercado laboral. Pero, paradójicamente, observamos cómo dicho discurso es repetido hasta por las propias mujeres, impactando en su baja autoestima, desvalorizando su propio trabajo de reproducción y “aceptando” los cánones patriarcales. Si bien las tareas domésticas y de cuidados abarcan un amplio espectro atravesadas a su vez por cuestiones de clase, etnia y migraciones, desde lo que se denominan cadenas globales de cuidados, reproduciendo estructuras jerárquicas, nos ceñiremos a todas aquellas tareas domésticas y de cuidado sin remuneración alguna.

COMENZANDO A DESARMAR.... ¿POR QUÉ SE HABLA DE LA FEMINIZACIÓN DE LOS CUIDADOS? ¿CÓMO INTERVIENEN LOS MANDATOS SOCIALES Y LOS ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LA PROBLEMÁTICA DE LOS CUIDADOS?

¿Cómo transformar este tiempo que atravesamos en objeto de reflexión y activismo feminista para desnaturalizar determinadas opresiones?

En principio queremos hacer hincapié en la fuerza que tienen los mandatos sociales y los estereotipos de género impuestos por el patriarcado como los sostenedores y reproductores de la desigualdad de género a través del sistema sexo/género ya que proponen modelos normativos binarios de la sexualidad, con características específicas y excluyentes de lo que es ser varón y de lo que es ser mujer. Las dos dimensiones están estrechamente entrelazadas, se realimentan recíprocamente y así se van regulando los comportamientos, pero sobre todo para las mujeres, y más aún para las personas feminizadas y transgénero han implicado un camino de obstáculos para el desarrollo personal porque no pudimos disponer de nosotras mismas a partir de los condicionantes de género que fueron prescribiendo conductas, emociones, gestos, la desconexión con los propios deseos y que se fueron incorporando en nuestro propio cuerpo, empujándonos los horizontes de sentido de nuestras vidas.

Al comenzar a pensar desde los cuidados encontramos que los conceptos de división sexual del trabajo, los mandatos de género, entre otros, fueron construyendo todo un andamiaje de negaciones, cegueras, invisibilizaciones y naturalizaciones.

Según Coria, Freixas e Covas (2012, p.29), indica que:

[...] la organización de nuestra sociedad patriarcal ha preparado durante siglos al género femenino para transitar por la vida al servicio de las necesidades ajenas. Desde pequeñas, las mujeres aprenden a entrenarse para descifrar los deseos de quienes las rodean, primero los padres y las personas de su entorno, luego sus compañeros amorosos y finalmente sus hijos/as. De tanto profundizar en los deseos ajenos, suelen perder la habilidad para descifrar los propios y, de tanto acomodarse para satisfacer aquéllos, terminan haciendo propios los deseos de otros.

La construcción de la feminidad es una construcción de sí para les demás, es decir, que se obtiene reconocimiento social mediante la realización de tareas que posibilitan la vida ajena, supeditando en ello, la propia vida. Podemos apreciar la presencia del sacrificio como rémora religiosa, moralizante, desde la entrega incondicional. Estos rasgos terminan considerándose como “naturales” ocultando los costos de los mismos. De allí que, Pérez Orozco (2015, p.19) denomina este proceso como “ética reaccionaria del cuidado”. Es reaccionaria porque sirve para ocultar el conflicto vida-capital. Las mujeres realizamos los trabajos residuales del capitalismo para que la vida pueda continuar, en un sistema en donde la vida está mercantilizada y sometida al proceso de valorización. Para ello se necesita de la desigualdad y la exclusión de las vidas de unas para favorecer las vidas de otros/as. Es decir, el capital se apropia no solo de lo producido por el trabajo sino además de todo lo producido de manera gratuita por los trabajos no remunerados que realizamos las mujeres. En cambio, los varones se definirían como seres-para-sí, lo que se espera de ellos es que sean proveedores, exitosos en sus trabajos, seguros y resolutivos, siendo más importante los logros profesionales, económicos y sociales que el cuidado en sostener la vida misma, pero sostenidos por quienes cuidan su vida para poder ser lo que son, variando desde ya, en función de la clase social y grupo étnico al que pertenecen.

¿Cómo vamos aprendiendo, internalizando y naturalizando desde los estereotipos la desigualdad? ¿Cómo se manifiestan? ¿Cómo los detectamos? A través de la persistencia y reproducción de conductas, sentimientos, valoraciones y socializaciones diferenciadas sobre lo que es ser varón y lo que es ser mujer como lugares naturales, es decir, cuando se incorporan al sentido común, siendo en realidad construcciones sociales que conducen a perpetuar la desigualdad. Esto ha servido para fijar un papel dominante para los varones y un papel secundario y de subordinación para las mujeres. A su vez, la heteronormatividad con su posición dicotómica hacia la heterosexualidad implica un poder saturador que

impone la reproducción de lo establecido sin cuestionamientos, ya que se presenta como la “verdadera” sexualidad para todos/as, fijando roles, identidades y conductas que deben ajustarse a una norma. Vemos de esta forma que la gran heterodesignadora es la sociedad patriarcal en su conjunto, y uno de los brazos operativos lo constituyen los estereotipos. Podemos decir que el patriarcado en tanto estructura social se fue modificando a lo largo del tiempo, fue cambiando su cara para subsistir siendo los estereotipos de género uno de sus sostenes. Cada generación de mujeres también va cambiando, dependiendo en ello la clase social a la que se pertenece, las etnias, si son migrantes, el acceso a la educación, a bienes materiales, las luchas de los movimientos de mujeres han contribuido en gran medida develando los alcances del mismo, etc. Sin embargo, en cuanto al abordaje de los cuidados nos encontramos aún hoy, con un núcleo muy duro, paradójico y tramposo a la vez ya que en los cuidados también intervienen los afectos, y ello parecería ser parte de nuestra “esencia”, justificando que al ser más emocionales y empáticas somos más capaces para estas tareas, asociado a la posibilidad de parir y maternar. Lo paradójico implica un desafío, pone en marcha el pensamiento, activa nuestra curiosidad y nos desestabiliza. De allí que, si logramos desarmar los estereotipos que tenemos internalizados estaremos en un proceso de renombrar la realidad ya que se abriría algo diferente, para hacer posible una vida vivible, sin las viejas jerarquizaciones y posiciones cristalizadas.

Los estereotipos anestesian la percepción, por ello decimos que no veíamos que no veíamos. Llamamos el triunfo de los estereotipos a las respuestas automáticas en la vida, en el trabajo, en la política, en el amor, en la salud, en la cultura, etc., con sus invisibilizaciones, sus prohibiciones y lugares cristalizados. Aferrarnos y dar cumplimiento a los estereotipos nos debilita ya que no estamos habitando nuestra vida, sino a dichos moldes prefijados.

¿QUÉ NOS ENSEÑAN LOS FEMINISMOS?

Los feminismos como políticas de transformación, como campo de tensiones y también de lo posible, nos enseñaron a mirar. Nos mostraron nuestras anteojeras por medio de las cuales seguíamos (¿seguimos??) sosteniendo al patriarcado, permitiéndonos observar, cuestionar y narrar la realidad de otra forma.

Pero ¿qué significa aprender a ver, a mirar con otros ojos? ¿Cómo salir del dominio de los estereotipos que nos ciegan y anestesian? ¿Cómo contribuye cada uno/a a su propio encierro? Más allá de la tan condicionante estructura del patriarcado ¿qué debemos identificar y desactivar para mejorar nuestra cotidianeidad? La desigualdad de género comienza en la niñez instalándose los estereotipos de género a través de una serie de mecanismos y dispositivos de control social. Los estereotipos suponen la reproducción de determinadas configuraciones de sentido hegemónicas en torno a los roles desempeñados por

el varón y la mujer, lo masculino y lo femenino. Y todo esto con la validación social de lo “natural”, o, “esto es así”. Entonces, desenmascarar los mecanismos de naturalización es prioritario para su modificación, ya que distorsionan lo que representan. Dice Coria (2016, p. 95) “[...] la naturalización cumple la función de convertir las sumisiones que fueron asignadas al género como “deberes” en virtudes femeninas”.

Vemos que a lo largo del tiempo no hubo una construcción histórica basada en la reciprocidad de los papeles sexuales, sino el dominio de unos sobre otros, estableciéndose así la asimetría y las relaciones de poder. Los estereotipos organizan nuestra forma de conocimiento y al mismo tiempo limitan nuestro modo de ver el mundo actuando performativamente sobre las condiciones reales ya que se constituyen en la base de la construcción de la identidad de género.

Ya en la década de los 70’ del siglo XX con la segunda ola del feminismo, las feministas marxistas abordaron el proceso de trabajo doméstico en la familia. Hartmann alude que la mujer es doblemente explotada por el capitalismo (ya que gana un salario más bajo que el hombre) y por el marido, ya que este se beneficia del trabajo doméstico realizado por su mujer.

Mucho se habla del “techo de cristal”, de conseguir un mayor acceso de las mujeres a las oportunidades de trabajo y a la iniciativa empresarial; también del “piso pegajoso” que las mantiene adheridas a las jerarquías laborales más bajas, pero de lo que no se habla es del factor estructural de la desigualdad de género que limita muchísimo las oportunidades para las mujeres y es precisamente la abrumadora carga de los trabajos domésticos y de cuidados. Y esto se acentúa gravemente con las mujeres de escasos recursos. A falta de conciliación entre trabajo remunerado y trabajo doméstico, el subempleo sigue siendo la opción más evidente de trabajo, con lo cual persiste la falta de autonomía económica y la mayor desprotección social.

De acuerdo con Marçal (2019, p.65)

El mercado laboral aún se define en gran medida por la idea de que los seres humanos son individuos sin cuerpo, sin sexo, sin familia o entorno, que solo buscan maximizar su propio beneficio. La mujer puede elegir entre ser uno de estos individuos o ser su contrario: el elemento invisible y sacrificado que se necesita para equilibrar la ecuación.

Como señalamos anteriormente, paulatinamente las mujeres se fueron incorporando al mercado laboral, pero sin desatender las cuestiones hogareñas, lo cual significó la doble o triple jornada de trabajo, con una sobrecarga que incide sobre la salud, pero también sobre sus posibilidades de desarrollo personal, sus posibilidades de ocio, generando diversos malestares. A esto debemos añadir las diferencias de clase ya que las mujeres más pobres, por ejemplo, posponen sus controles médicos llegando así a diagnósticos tardíos de enfermedades prevenibles.

Las mujeres cuidamos más a otros, prestando menos atención a nuestro autocuidado. En cambio, no sucedió lo mismo con los varones y su participación en las tareas del hogar. En realidad, acumulamos una vida de trabajo no reconocido. Aún aquellas mujeres que pueden pagar a otras mujeres para realizar las tareas domésticas, no pueden despojarse de las mismas ya que la organización está en nuestras manos implicando en ello una significativa carga mental.

Nos preguntamos ¿sería posible pensar esta situación para con los varones? ¿Quedaría en falta su masculinidad? ¿Qué nuevas masculinidades observamos? ¿Cómo se van construyendo? ¿Hay espacio para ello? Desde allí podemos señalar la falta de democratización de los hogares ya que los mismos se han estructurado bajo las normas heteropatriarcales, léase desigualdad estructural. Nos preguntamos en estos tiempos de pandemia y cuarentena estricta en el 2020/21 que hemos vivido y que continúa ¿cómo se organizaron y llevaron a cabo los trabajos domésticos y de apoyo de las tareas escolares de los hijos? ¿se distribuyeron? ¿de qué forma? ¿quién hace qué? ¿desde la corresponsabilidad de habitar un mismo techo o porque “te doy una mano de onda”? Hay una diferencia sustancial... También nos interrogamos qué sucede con los diferentes modelos de familias con características no hegemónicas, si hubo atisbos de cambios con respecto a la organización de la vida cotidiana ¿reconfiguran algo nuevo? Esto nos remite a cuál es la responsabilidad personal en la convivencia. Con la pandemia, los límites entre esfera privada y pública quedaron difusos a partir del teletrabajo, la educación virtual, observándose una mayor sobrecarga para las mujeres, con lo cual la redistribución de tareas y responsabilidades es preteritoria. Pero ... ¿de qué forma? ¿es inmutable lo doméstico? ¿Seguimos las mujeres realizando todo tipo de tareas y cuidados domésticos desde nuestra subalternidad? ¿O comenzamos a proponer un espacio de cuidado mutuo compartiendo en igualdad? Para ello es necesario hacer lugar a otros modos de convivir sin la aplastante obligación de las tareas domésticas, es pensar en transformar la tradicional división sexual del trabajo, que, desde ya, no es tarea sencilla ya que implica cuestionar la estructura social vigente que no deja tiempos para el cuidado. ¿Cómo involucrar a los varones en la provisión de cuidados y que implique una reducción sustantiva de la carga del trabajo doméstico no remunerado? ¿Es posible pensar la corresponsabilidad al interior de los hogares? ¿Qué entendemos por corresponsabilidad? Implica la responsabilidad compartida de las tareas domésticas y de cuidados con el fin de distribuir de manera justa los tiempos de vida de las personas. No es ayudar, es asumir el reparto equitativo de las responsabilidades, lo cual invita a reflexionar sobre modelos masculinos diferentes a los tradicionales. Entendemos que todas estas tareas son pasibles de ser aprendidas, ejercidas y distribuidas equitativamente desde la reciprocidad. Para ello se necesita de otros acuerdos intrafamiliares, más justos. Así, estamos hablando en términos de justicia y no solo de igualdad de género.

Para comprender la magnitud de lo que representan los cuidados a nivel social reproducimos los siguientes datos dados a conocer por el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad de Argentina (ARGENTINA, 2021, p.26):

En el año 2020, la Dirección de Economía, Igualdad y Género del Ministerio de Economía de la Nación calculó por primera vez el aporte del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al PBI de nuestro país y obtuvo que ese valor es de casi un 16%. El valor dimensionado está por encima del aporte que hace la industria (13,2%) y el comercio (13%); es decir, que cuando se le asigna un valor monetario, es el sector más aporta a toda la economía argentina.

“El aporte por género del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al PBI es desigual: el 75,7% proviene de tareas realizadas por mujeres.” (D’ALESSANDRO; O’DONNEL; SOL PRIETO; ZANINO, 2020, p.11). Es decir, las mujeres aportan tres veces más al PBI en el sector con mayor relevancia y más invisibilizado de toda la economía nacional.⁵ Observamos claramente cómo los trabajos de las mujeres no remunerados y hasta ahora tampoco medidos, se ocultan bajo la esfera privada, ya que en lo público intervienen las leyes y la política. En cambio, lo privado se caracteriza por la no-política, regido más por cuestiones morales, apareciendo la ética reaccionaria de los cuidados a través de la cual se garantiza el sostenimiento de la vida. A esto se lo denomina “deuda de cuidados” dando cuenta del desigual reparto de las responsabilidades. Los varones aportan menos cuidados y disponen de más tiempo libre para su ocio e inversamente, las mujeres dedicamos más tiempo a todo tipo de cuidados para los demás restándolo a nuestro propio bienestar y desarrollo personal, siempre atentas a cubrir las necesidades afectivas y materiales de nuestro entorno próximo. Esto es lo que la economía feminista devela en la cadena de desigualdades a partir de la cantidad de tiempo y trabajo que las mujeres dedicamos a las tareas domésticas y de cuidados, es decir, una segunda jornada laboral sin reconocimiento alguno. Desde aquí es interesante señalar como el capitalismo se ha valido de miradas dicotómicas para mantener alejadas lo que en realidad está interconectado y son interdependientes, es decir, las esferas públicas y privadas.

Ya mencionamos anteriormente cómo los feminismos nos ayudaron a desocultar el funcionamiento de la estructura patriarcal a través de la reproducción de mandatos sociales y estereotipos de género, también han sido muy significativos los aportes de la economía feminista en el sentido que han puesto el acento sobre los procesos de sostenibilidad de la vida desplazando los procesos de valorización del capital. Si bien los mercados se han posicionado en el centro de las estructuras socioeconómicas, lo más valioso que tenemos es la vida misma. De allí que todos/as tenemos que cuestionarnos nuestros modos y estilos de vida tan colonizados por los valores mercantilistas. Para la economía ortodoxa, el bienestar y la “libertad”

⁵ Datos de la Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género del Ministerio de Economía de la Nación Argentina (2020, p. 11).

se identifica con capacidad de consumo mercantil. De esta forma, se valorizan unos trabajos y se desvalorizan otros. El sistema socioeconómico está pensado para sujetos que ni tienen necesidades propias de cuidados ni responsabilidades sobre los cuidados ajenos. Así comprendemos las operaciones para invisibilizar los procesos de cuidados. Se niega la relevancia de los cuidados como un trabajo, como una dimensión de la vida y como una tarea socialmente necesaria.

CONSIDERACIONES FINALES PARA SEGUIR SENTIPENSANDO...

Nos adentramos en uno de los reductos más naturalizados por el patriarcado presente en todas las culturas y sociedades: las tareas domésticas y de cuidados absolutamente feminizados como factor estructural que implican una carga difícil de erradicar para las mujeres pero que a la vez son las que sostienen la vida.

A lo largo del siglo XX y lo que va del presente han cambiado los estilos de vida, las conformaciones familiares; se visibilizaron muchas problemáticas injustas y opresivas: se fueron superando mandatos, prejuicios, mitos y tabúes; se condenaron socialmente diversas violencias de género: violencia doméstica, sexual, femicidios, acoso laboral, acoso callejero, violencia económica y patrimonial, etc. Son históricos los debates y denuncias sobre el trabajo doméstico como opresivo, sin embargo, hasta el presente sus características no se modificaron. A su vez, las brechas de género siguen siendo estremecedoras y llevarán generaciones saldarlas.

En este contexto de pandemia volvemos a ser las mujeres las que quedamos confinadas al encierro doméstico con múltiples tareas: desde la atención de enfermos, todas las tareas domésticas de limpieza y de cuidado relacionadas a su vez con la salud, como la sanitización de espacios y productos hasta la educación virtual de las hijas/os. De allí que nos preguntamos ¿estamos en un proceso de reactualizar mandatos, estereotipos y exigencias?

Hemos puesto mucho énfasis en develar cómo funcionan los estereotipos de género porque son los que siguen sosteniendo esta cultura androcéntrica. Desde allí la perentoria necesidad de revisar y repensar los roles familiares para promover la corresponsabilidad y la reciprocidad, tratando de superar las normas heteropatriarcales. Pensar más allá de la división sexual del trabajo, implica cuestionar cómo se organizan los tiempos y espacios laborales, las licencias por paternidad, cómo compatibilizar los espacios productivo y reproductivo, etc., que imposibilitan avanzar en dichas transformaciones a partir de nuevos pactos ciudadanos que involucren al Estado, las comunidades, las familias y el mercado pensando en nuevas modalidades para la construcción de un sistema de cuidados. Es decir, una concepción de la tarea de cuidar mucho más amplia. La articulación de estos estamentos posibilitaría una vida más justa para las mujeres, tratando de erradicar las precariedades estructurales. En esta época tan incierta queremos

finalizar con las enseñanzas de los feminismos en cuanto a la necesidad de apelar a la “cuidanía”, término acuñado por las feministas españolas, como forma de vida, con su carácter transformador, colocando en el centro el cuidado de la vida como responsabilidad social y colectiva, ligado a la potenciación de la vida en común. Pensar en términos de cuidado nos lleva a reflexionar hacia otra convivencialidad, al buen vivir, el gestar nuevos vínculos más equitativos sin los viejos privilegios; nos invita a reflexionar no solamente cómo se cuida, sino también cómo se produce, cómo se consume, cómo se distribuye, y fundamentalmente, cómo construimos redes de acompañamiento, redes de sostén y crianzas comunitarias, las redes de afectos, de cuidados interespecies para hacer esta vida en común más habitable y menos adversa.

REFERENCIAS

ARGENTINA. Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad. **Igualdad en los cuidados**. Buenos Aires: Editorial Mingéneros, 2021.

CORIA, Clara. **Aventuras en la edad de la madurez**: un desafío femenino. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2016.

CORIA, Clara; FREIXAS, Anna; COVAS, Susana. **Los cambios en la vida de las mujeres**: temores, mitos y estrategias. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2012.

D’ALESSANDRO, Mercedes; O’DONNELL, Victoria; SOL PRIETO, Florencia Tundis; ZANINO, Carolina. **Los cuidados, un sector económico estratégico**: medición del aporte del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al producto interno bruto. Argentina: Ministerio de Economía de la Nación. Secretaría de Política Económica. Dirección de Economía, Igualdad y Género, 2020.

GUTIERREZ AGUILAR, Raquel. **Desandar el laberinto**: introspección en la feminidad contemporánea. Buenos Aires: Ediciones Tinta Limón, 2015.

MARÇAL, Katrine. **¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?** Una historia de las mujeres y la economía. Buenos Aires: Penguin Random House, 2019.

PÉREZ OROZCO, Amaia. La sostenibilidad de la vida en el centro...¿y eso qué significa? In: CABELLO DE ALBA, Laura Mora; GUTIERREZ, Juan Escribano. **La ecología del trabajo**: el trabajo que sostiene la vida. Bomarzo, 2015. p.1-25.

SEGATO, Rita. **La crítica de la colonialidad en ocho ensayos**: y una antropología por demanda. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2018.

VITALE, Luis. **La mitad invisible de la historia**: el protagonismo social de la mujer latinoamericana. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta, 1987.

